

## Desnudos y anormales

Roger Bernat (El Mundo, 16/02/07)

Me llaman del Periódico de Catalunya para preguntarme qué me parece el desnudo en el teatro. Están preparando un reportaje. Me quedo atónito. ¿A quién puede importarle si la gente se desnuda en los teatros? A mí me preocupa saber si el teatro habla de nuestras vidas, si el teatro nos sigue divirtiendo, si nos es útil de alguna manera dado que es un negocio apoyado por las administraciones y un servicio público. Pero parece ser que el tema de la semana es saber si el hecho de que la gente se desnude en el teatro se ha convertido en una moda. Imagino que se refieren a los actores, porque hace años que voy al teatro esperando que sean los espectadores que lo hagan, que el teatro sea de nuevo la fiesta pagana que una vez fue, y nunca ocurre. Así que ahora tendremos que decidir si estamos conformes con que los actores se desnuden en escena. Imagino que se refieren al “desnudo integral” tal y como se decía en la jerga tardo-franquista.

Pero la verdad es que me importa un carajo saber la razón por la cual los actores se desnudan en escena y si lo hacen más que antes. Lo que es urgente es saber quién se hace esta pregunta. Porque el que la hace inocentemente está señalando, acusando y, finalmente, culpabilizando al actor o actriz que trabaja con su cuerpo, su voz y sus emociones.

El problema no lo tiene la persona que se desnuda. Todos nos desnudamos como mínimo una vez al día. El problema está en la mirada del que se sorprende, que ofendido ante el cuerpo desnudo proyecta su angustia en el que lo exhibe. Así es como la persona considerada *rara* y digna de estudio periodístico es el actor desnudo y no el espectador sorprendido. El debate no se centra en el espectador o periodista que juzga *anormal* que una persona se quite la ropa, sino en la idoneidad del desnudo y en el hábito del que lo practica. Esta incapacidad de mirarse a uno mismo y darse cuenta de que el problema está en la mirada y no en el acto, es uno de los síntomas del giro conservador de nuestro pensamiento.

La moral conservadora siempre estuvo preocupada por cohesionar al grupo a partir de lo considerado *normal*. El conservador aborrece de lo heterogéneo y se esfuerza por establecer un cánón de *normalidad* que colisiona con la preciosa variedad de formas que nuestra especie es capaz de generar. El ser humano, imitando a la naturaleza, no deja de inventar formas de expresarse, de organizarse socialmente, de entenderse sexualmente, de construirse identitariamente, y en esa creatividad se realiza. ¿Por qué enfrentar este deseo de libertad a una abstracción tan restrictiva como la *normalidad*? Considerar que algo es anormal parte de la presunción de la propia normalidad pero ¿son normales nuestras vidas? ¿Es normal ser varón, heterosexual y patriota? ¿Es normal mirar desconfiado al que se desnuda encima del escenario o a la que se prostituye tras el campo del Barça?

Hace 2500 años el precepto de Delfos invitaba a los griegos a conocerse a sí mismos. Ya entonces Sócrates mientras paseaba comentaba a Fedro, “en lugar de intentar explicar [lo extraño], yo me observo a mí mismo. Quiero saber si soy un monstruo más complicado y más furioso que Tifón o un animal más dulce y sencillo a quien la naturaleza ha dado parte de la chispa de la divina sabiduría”.

En estos tiempos en los que los *anormales* son siempre los demás, sean actores, terroristas, maricas, putas, enfermos, delincuentes o moros, recordar el precepto de Delfos allanará el camino para el día en que todos, no sólo los desvergonzados

actores, vayamos a los teatros, felices y desnudos, dispuestos a unirnos en lubricada y anormal fraternidad.